GALERIA DRAMATICA.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS

del teatro antiguo y moderno español,
y del teatro estrangero.

TEATRO MODERNO ESTRANGERO.

Entrega

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

MARIA REMOND,

DRAMA

EN TRES ACTOS,

TRADUCIDO POR

D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAS.

M. DAUBERVILLE.	MADAMA LAMBERT.
VALLIER.	MARIA REMOND.
EDUARDO REMOND.	GABRIELA DAUBERVILLE.
DE BEAUMONT.	TERESA.
GUSTAVO.	UN CRIADO.
CARLOS.	

La escena es en Paris el año de 1839. En el primer acto en casa de M. Dauberville, y en el segundo y tercero en la de Remond.

Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de M. Dauberville, que comunica por el fondo con una suntuosa galería. Al levantarse el telon, varios criados colocan las mesas de juego, y acaban de arreglar los muebles y de quitar algunos papeles y cajas.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, *despues* DAUBERVILLE. BEAUMOND.

Gabriela. (*A los criados.*) Esas cajas á mi tocador, junto á los libros. Tened cuidado de que no se pierdan ninguno de esos papeles y dejadlos en mi cuarto. Ya sabeis cómo los coloco?... Id pronto. (*Los criados se van.*)

Dauberville. (*Que entra con Beaumont.*) Hola! hasta mi gabinete. De todo te has posesionado! Oh! te suplico que mires con consideracion al menos esta pieza.

Gabriela. Padre mio, eso es imposible. La necesito indispensablemente.

Dauberville. Imposible! y tienes por tuyos tres inmensos salones y la galería.

Gabriela. Ahora vereis cómo he dispuesto mi campo de batalla. En el saloncillo la bouillota, el whist, las pasiones, el juego; en las otras el baile, la orquesta, el placer; aqui la banca, la bolsa y la política.

Dauberville. Si les has dado el lugar mas reducido de todos!

Gabriela. Como que es lo que mas os interesa y lo que menos nos divierte.

Dauberville. Tienes razon.

Gabriela. La política no deberá mostrarse quejosa. Aqui estará perfectamente.

Beaumont. Permitidme, prima mia, que me admire mas aun que del buen gusto y disposicion de vues-

717327

tros preparativos, del método con que los habeis dirigido. A todo habeis atendido sin aceleramiento ni embarazo; y á la verdad, que era una comision bastante difícil para una jóven acabada de salir de un colegio.

Gabriela. Primo mio; os agradezco la lisonja. Mucho temo que se me acabe esa sangre fria que decís. Los preparativos de este baile me tienen demasiado distraida, puesto que aun no os he preguntado por la salud de mi tia.

Beaumont. Temo que mi madre no pueda asistir esta noche, por hallarse algo indispuesta.

Gabriela. Ah, sí; necesita cuidarse mucho.

Dauberville. Sin embargo, su salud no presenta ningun síntoma alarmante.

Beaumont. Si no hubiese temido disgustar á mi señor tio con quien estaba comprometido á asistir, acaso me hubiera quedado acompañándola.

Dauberville. Ya lo sabes: te quiero como á un hijo, y me hubiera sido muy sensible no verte el dia en que mi hija por vez primera hace los honores de la casa. Ya tienes 24 años, Alfredo; y tu carrera concluida. Esta fiesta viene á ser para tí, lo que es para mi hija. La celebracion de vuestra entrada en el gran mundo; y al abrirse delante de vosotros tan espaciosa carrera, no puedo menos de daros algunos consejos.

Beaumont. Los recibiré, tio mio, como una nueva prueba de vuestra bondad amistosa para conmigo.

Dauberville. No te repitiré lo que otras veces. Tambien yo he tenido mis 20 años, y sé lo que debe dispensarse á los jóvenes. Corre, sí, procura agradar, ama, sé amado, todo esto es propio de tu edad; pero jamas hagas del amor un objeto de trascendencia, y no olvides que las locuras de la juventud no son escusables sino en cuanto no comprometen su porvenir.—Y tú, querida mia, guárdate de los hombres. La mayor parte son aduladores y mentidos. Piensa que el amor para una muger es un asunto importante que decide del resto de su vida, y que el primer deber de una jóven bien educada, es preservarse de sus lisonjas engañosas.

ESCENA II.

Dichos y VALLIER *que al entrar oye las últimas palabras de Dauberville.*

Vallier. Consejo tanto mas prudente cuanto que nosotros mismos garantizamos el ataque, y que desde luego no aconsejaremos mucho la defensa.

Dauberville. Caballero Vallier.

Vallier. Perdonadme, ya veo que he llegado demasiado pronto; é interrumpo con el mayor sentimiento una conversacion...

Dauberville. Algunos consejos que daba á mi hija.

Vallier. Señorita, siempre vuestro. Beaumont, muy buenas noches. (*Se dan la mano.*)

Dauberville. Celebro mucho el que os hayais anticipado. (*En voz baja á Vallier.*) He recibido una carta para vos... Tomadla.

Vallier. Habeis tenido la bondad de acordaros....

Dauberville. De la trata de los 70 francos. Ayer he girado sobre Edimburgo y será pagada el 15.

Vallier. Gracias.

Beaumont. (*A Gabriela.*) Y vendrá al baile mucha gente?

Gabriela. Doble de la que cabe en los salones, como se acostumbra.

Dauberville. Y aun no contenta ha convidado ademas de los mios á sus conocimientos particulares.

Gabriela. Solo á tres. Me parece que no pude ser mas comedida, tres amiguitas de colegio que han salido cuando yo; la señorita de Versac y su madre, Carolina y su papá M. Montbrun, M. Remond y su hermana.

Vallier. Remond!

Gabriela. Qué le conoceis?

Vallier. Tuve un maestro de ese nombre.

Dauberville. Seria su padre, y ahora recuerdo que debia ser catedrático de algun colegio...

Vallier. Y no lo es ya?

Dauberville. Ha muerto. El hijo es un joven sin fortuna á quien he colocado en una casa de comercio por recomendacion de mi hija.

Gabriela. Y su hermana, la mas amable y la mas sobresaliente de todas las de la pension?

Un criado. (*Anunciando á los que llegan.*) La señora de Lambert... Los señores de Remond.

ESCENA III.

Dichos. MADAMA LAMBERT. REMOND. MARIA.

Gabriela. (*Adelantándose á recibirlas.*) Mi directora de colegio, vos aqui, mi querida amiga: buenas noches, María.

Dauberville. Tanta dicha... habeis tenido la bondad.....

Mad. Lambert. Acaso me juzgareis indiscreta en asistir á vuestro baile sin haber sido convidada.

Dauberville. Os agradezco el que hayais subsanado un olvido que merecia bien me hubierais hecho sentir.

Gabriela. Yo no lo olvidaba, pero sabia que nunca abandonaba su colegio.

Dauberville. Señorita muy bien venida. (*A Maria.*) El interes que os manifiesta esta señora, y la amistad de mi hija, os responden de lo agradable que me será siempre recibiros en mi casa. Señor de Remond, y vos estais contento?... Marchan bien vuestros asuntos?....

Remond. (*Con timidez.*) Mejor lo debeis saber que yo, señor, pues que lo debo á vuestra bondad.

Gabriela. Maria, has traido la música? Ya vereis, padre mio, que voz tan divina. Ya contaba contigo y con Beaumont mi primo para un duo.

Dauberville. Y en verdad que me haces acordar del concierto: señora, gustais favorecerme? (*La da el brazo.*) Iremos á animar á los convidados: asi como asi estas niñas necesitarán desahogarse algunos momentos. (*Se van.*)

Vallier. (*A Remond.*) Perdonadme, caballero, vuestro padre si no me engaño ha sido profesor?

Remond. Sí señor.

Vallier. En el colegio de Maltz?

Remond. En efecto.

Vallier. Soy uno de sus discípulos. Era huérfano y me sirvió de padre; un pobre sin fortuna, y á él debí una

colocacion honrosa. Si alguna vez necesitais de un amigo, contad solo conmigo.

Remond. Caballero.... Maria.... (*Llamándola.*) El señor ha conocido á nuestro padre. (*A él.*) Permitidme os presente á mi hermana, ella era quien le consolaba y le cerró sus ojos al morir.

Vallier. Pobre anciano! Señorita, cuantos le han conocido conservan su memoria como la de un hombre de probidad y honrado: vuestro corazon es su mas digno santuario. Que viva en él grabada religiosamente. (*Retirándose con Remond.*) Y cómo ha sido que no seguisteis su carrera... (*Se van conversando.*)

ESCENA IV.

GABRIELA. MARIA.

Maria. Quién es ese caballero?

Gabriela. M. Vallier. Era procurador general en Strasburgo; mas de pronto ha hecho dimision y cuando ejercia tal prestigio; nadie sabe por qué. Por lo demas es un sugeto distinguido por sus modales y caracter, y muy recomendable por sus prendas. Por fin un hombre de mérito, pero poco amable.

Maria. Su bondad me ha enternecido.

Gabriela. Sí en verdad; mas hablemos de tu estado. Y bien, se ha conseguido lo que deseabais? Tu hermano tiene ya la plaza de cajero.

Maria. Desde ayer; si le vieras hablar solo, darte gracias. Ya estamos bastante bien, casi somos ricos y todo te lo debemos. Teniamos 20ↄ francos, pero sin los 5ↄ que nos faltaban para presentar la fianza.... y de dónde sacarlos! Ah, juzga nuestra alegria y reconocimiento al vernos sin esperanzas, y recibir los billetes de banco de tu mano. Ahora que estamos solas, bien puedo abrazarte.

Gabriela. Sí, y yo tambien, querida mia.

Maria. Tu padre ha consentido en prestarnos este nuevo servicio? Si hubiera estado solo le hubiera manifestado nuestro agradecimiento. Eduardo tambien, no has visto como se turbó? Tu padre deberá estar quejoso de nuestra ingratitud.

Gabriela. (*Turbada.*) Que inocente eres, mi padre en nada habrá reparado; ocupémonos en cosas mas sérias, sabes que estás encantadora con esas galas?

Maria. Te parece asi. Ah! repíteselo á mi hermano, son regalos suyos, y estas flores tambien, y aun todo le parece poco, y por mi causa se está arruinando.

Gabriela. Comparándolas con las que hemos gastado hasta el dia, me recuerdo de aquel tiempo de fastidio en el colegio.

Maria. Que se deslizaba sin sentir.

Gabriela. De sujecion.

Maria. Y de calma.

Gabriela. En que viviamos encerradas.

Maria. Y tranquilas, y no que ahora...

Gabriela. Si no es tan sosegada nuestra existencia por lo menos no será tan monótona. La alegria es mas bella por el sentimiento. La agitacion fatiga, pero hace vivir.—Mucho mas cuando yo no concibo que exista un pesar, que no borre otro placer, y cuyo recuerdo no se pierda con solo una noche de baile. Y bailes y placeres nos los ofrece el mundo.

Maria. El mundo! Le llaman tan perverso.

Gabriela. Yo creo que hay mucho de exageracion. Y sino, que es lo que le hace ser tan peligroso? sus seducciones.... Ya nos han precavido de su influencia.

Maria. Mas no por eso las conocemos; está oculta bajo una apariencia de adulacion y de lisonja. Segun eso serán muy temibles para algunas, y de ningun peligro para las demas. Hé aqui cuanto me han enseñado. Mas yo tengo miedo, quien me advertirá donde hay peligros para mí; y hay otros medios de alucinar, de seducirnos? Yo tiemblo, dudo, obro desacertada y sin tino, huyendo de todo porque no sé verdaderamente de que guardarme. Si al menos viviese mi madre!

Gabriela. Me parece que á nuestra edad facilmente se adivina lo que debemos temer. Mas tanto me han regañado en el colegio por querer adivinarlo, que ya todos mis cálculos me los reservo; un objeto nos proponemos todas, casarnos.... y....

ESCENA V.

Dichos. DAUBERVILLE. BEAUMONT. *Despues* REMONT.

Dauberville. Bien sabia yo donde hallaros.
Beaumont. Las amigas tienen tanto que conferenciar entre sí.
Dauberville. Mi hermana ha venido.
Gabriela. De veras.
Dauberville. Sí, y se halla bastante mejor. Me favoreceis, señorita. (*A Maria.*) (*Vallier, madama Lambert y Remond aparecen conversando por el fondo de la escena. Remond se separa y se acerca á Dauberville, en el momento en que este ofrecia el brazo á Maria. Vallier y madama Lambert se retiran.*)
Remond. (*A Dauberville.*) Perdonadme si os detengo algunos instantes. Despues acaso me seria mas dificil manifestaros.
Gabriela. (*Aparte.*) Pues señor esto se descubre. (*A Maria.*) Di á tu hermano que es inútil...
Remond. Creed que mi eterna gratitud.
Dauberville. No lo dudo, mas si me esplicaseis....
Remond. Permitidme que os diga hasta qué estremo me han obligado vuestras bondades.
Dauberville. Bien, pero os confieso que no sé...
Remond. Tomad. (*Dándole un papel.*) La garantia de los 5000 francos que nos habeis...
Beaumond. Tio escusadme, mas os estais haciendo esperar demasiado.
Gabriela. Sí por cierto.
Dauberville. No puedo aceptar el título que me presentais, pues ignoro absolutamente.
Beaumont. Tio! (*Con impaciencia.*)
Remont. Será esta señorita la que nos haya favorecido.
Gabriela. (*Aparte á Beaumont.*) Yo lo declaro todo. Padre mio, yo os lo descifraré. Supe la triste situacion de Maria y de su hermano. Hace dias en presencia de mi primo referia yo que un buen muchacho, hermano de una amiga por falta de fondos se veia en la imposibilidad de seguir su carrera. Pen-

saba en hablaros; mas ayer recibí en billetes los 50 francos.

Remond. (*A Beaumont.*) Caballero, semejante proceder... yo ignoraba... no sé si deberé admitir.

Beaumont. Nada ha demostrado que sea á mí á quien debais ese pequeño obsequio, y aun en ese caso me hubiera complacido el poderos ser útil.

Remont. Sin conocerme.

Beaumont. Y seria mucho mas dichoso en haberos servido.

Dauberville. Todo está ya en manifiesto. Alfredo, me complace tu conducta estraordinariamente. (*Aparecen algunos convidados en el fondo del teatro.*) Las salas se van llenando de convidados, vamos á obsequiar á los que asi nos favorecen.

Gabriela. Sí, te presentaré á mi tia. (*A Maria. Salen Beaumont dando el brazo á Maria y Remond á Gabriela.*)

Remond. (*A Vallier que entra entre otros varios.*) Y qué? no venis?

Vallier. Dispensadme, voy al momento.

ESCENA VI.

VALLIER. GUSTAVO *y otros.*

Gustavo. (*A los que vienen con él.*) Conoceis á la señorita que va del brazo de M. de Beaumont. No la he visto yo nunca porque sino no se me despintaria. Señores, una buillote. (*A Vallier.*) Gustais ser el cuarto en la partida.

Vallier. (*Sacando un papel.*) Mil gracias... dispensadme. (*Mirando la carta.*) Pobre niña, que puntualidad, 14 de noviembre.

Gustavo. Está leyendo algun periódico ese caballero? (*Saca un anteojo y se dirige á la mesa en que estan los Albunes.*)

Vallier. (*Leyendo.*) Padre mio, no te atormentes por mi causa, estoy buena. Hago cuanto me tienes mandado, aunque advierto que siempre me hablas como si fuera una niña: y ya voy á cumplir diez años. Mamá me visitó ayer en el colegio de vuelta de sus baños. Hacia tres meses que no la veia.

Gustavo. (*Abriendo un Albun.*) Quién de vosotros, señores, tiene la felicidad de saber dibujar, ó la desgracia de hacer versos.

Vallier. (*Lee.*) «Siempre me dice que estarás mucho tiempo en Strasbourgo. Por qué no ir á verte? Espero que cuando tú vengas no será como siempre por minutos; y que no nos volverás á abandonar.»

ESCENA VII.

Dichos y CARLOS.

Carlos. Qué bochorno; es cosa de ahogarse!

Gustavo. Celebro que vengas; aqui hay Album y lapiz. Vamos tú el artista, haz algun capricho ideal, alguna cabeza, un paisage, lo que te ocurra.

Carlos. No tengo humor.

Gustavo. Estoy seguro de que la señora Dauberville te agradecerá infinito cualquier diseño.

Carlos. (*Afilando el lapiz.*) Imposible entrar en la sala. Ya se vé habia al piano un ángel. Dichoso Beaumont que sabe cantar!

Gustavo. De ojos negros, espresivos.

Carlos. Como su voz jamas he oido otra tan melodiosa; como no sea este verano en los baños de Bada. (*Sentándose.*) Vamos no sé que dibujar.

Gustavo. Tu dama de Strasbourgo?

Vallier. (*Levantándose.*) De Strasbourgo!

Gustavo. De quien hablas con pasion?

Carlos. Y en quien pienso siempre!

Gustavo. Una rubia de ojos azules...

Carlos. La muger mas deliciosa.

Vallier. Que este caballero puede contar entre sus conquistas.

Carlos. No mas de quien conservo un recuerdo.

Gustavo. No dijiste que era viuda.

Carlos. Poco menos. Ha habido entre ella y su marido ciertos piques. Se han separado amigablemente y sin escándalo, ya hace años.

Vallier. (*Cuya agitacion ha ido creciendo por momentos.*) Caballero?

Gustavo. Magnífico asunto, haces su retrato de fantasia y yo la reconoceré cuando vaya á los baños.

Vallier. (*Se acerca mas.*) Estabais hablando hace un instante.

Gustavo. De una señora de Strasbourgo.

Vallier. No, de una jóven que cantaba.

Carlos. Encantadora! Dichoso quien la merezca una mirada.

Vallier. Todos en secreto pensarán acaso lo mismo: ver una jóven en el mundo, es para espiarla con nuestros ojos para turbar su corazon.

Carlos. Y qué cosa mas sencilla.

Vallier. Confesadlo; es una guerra desigual y vergonzosa en que el mas fuerte combate á la criatura que se vé sin apoyo ni esperiencia.

Carlos. Tomais tanto calor en...

Vallier. Qué os parece estraordinario para este asunto? Es verdad, y sin embargo mis palabras á nadie ofenden. A los veinte años todos obran como vos, mas cuando tratamos de confiar nuestro porvenir á una esposa, sabeis lo que sucede? Conoceis ningun padre que fiado en nuestra honradez nos confie su hija? No, le hemos enseñado á desconfiar; bien sabe que á menos de parecernos culpable debe vigilarla constantemente, de modo que nosotros mismos nos condenamos á elegir, sin haber conocido, á ciegas, á la que amamos y queremos por nuestra amiga consoladora. Y qué sucede si estos dos carácteres no se han comprendido? cuál es la consecuencia de no saber si aparecerán en ella virtudes ó vicios? Adios porvenir y esperanza, sucede lo que deciais, una separacion, acaso justa, pero siempre escandalosa.

Carlos. Os confieso que...

Vallier. Yo mismo... (*Reprimiéndose.*) Era abogado en Strasburgo hace cinco años. Concluid vuestro dibujo.

Carlos. Os suplico perdoneis...

Vallier. Y yo os ruego que jamas pronuncies un nombre.

Carlos. Ya le he olvidado.

ESCENA X.

Dichos. MARIA *y* BEAUMONT.

Beaumont. Tened la bondad de avisar á madama, á M. Remond, á cualquiera.

Vallier. Dios mio! Desmayada. Al instante voy. (*Se vá.*)

Maria. No, es inútil... aqui se respira.
Beaumont. Qué hermosa! Ah! (*Quedándose distraido.*)
Maria. Siento que os molesteis por mi causa, y del trastorno que se habrá ocasionado con mi congoja.
Beaumont. Nadie lo ha reparado. Tranquilizaos: ni aun vuestro hermano que bailaba cerca de nosotros.
Maria. Yo os lo agradezco. Vergüenza me da haberos hecho abandonar el salon por tan poca cosa. Necesitaba, es verdad, de descanso... mas vos...
Beaumont. (*Mirándola con espresion.*) Yo... soy muy dichoso.

ESCENA XI.

Dichos. VALLIER. MADAMA LAMBERT *y* GABRIELA.

Mad. Lambert. No la encontraba en ningun lado. Cómo te sientes, hija mia?
Gabriela. Estás mala?
Vallier. Si gustais retiraros avisaré á vuestro hermano.
Beaumont. Ah!
Maria. No, el calor, ya no siento nada.
Gabriela. A tí te conviene la vida pacífica. Mi tia está encantada de tí, y se me ocurre podrias acompañarla al campo, á su castillo de Beaumont á pasar el verano con tus amigas,
Vallier. (*Con intencion.*) No ibais vos á viajar tambien?
Beaumont. (*Distraido y con temor.*) Sí... á Italia.

ESCENA XII.

Dichos. DAUBERVILLE *y* REMOND.

Remond. Qué ha sucedido, hermana mia?
Mad. Lambert. Te abandono!
Maria. Tan pronto:
Mad. Lambert. Chist.
Gabriela. Tengo un proyecto para Maria, (*A Remond.*) consentis? Mi primo os le contará.
Dauberville. (*A Beaumont que está pensativo.*) En qué piensas Alfredo? Supongo que estarás decidido á partir.
Beaumont. (*Suspirando y lanzando una ojeada á Maria.*) Puede ser! (*Todos se retiran. Beaumont ofrece su mano á Maria en el momento en que esta dejó de hablar con madama Lambert.*)

ACTO SEGUNDO.

Salon corto. Puerta á la derecha que conduce al aposento de Remond. Otra á la izquierda del cuarto de Maria, y puerta al fondo que comunica con la antecámara.

ESCENA PRIMERA.

MARIA *sentada junto á una mesa, en donde hay un estuche abierto. Está leyendo una carta.*

«Yo soy el criminal, el seductor.... Yo soy culpable.... vos no, Maria. Cuando os veo aflijida me atormentan mil remordimientos; os amo mas que á mi vida, y nunca me separaré de vos.» (*Interrumpiéndose.*) Nunca! y ya han pasado tres meses de su ausencia... Oh! me ha prometido que nunca!... Por qué razon he de sospechar de él, que es tan fino, tan pundonoroso? Por qué no ha de ser para conmigo, lo que es para con los demas. Si me faltase á mí... no seria mas infame. Todas estas ideas entristecen y me hacen ser injusta. (*Guarda en el estuche todas sus cartas. Le coloca en una silla de la derecha. En el momento de cerrarle, oye ruido y saca con precipitacion la llave.*) Ah!...

ESCENA II.

MARIA. REMOND.

Maria. Crei que habias salido.

Remond. (*Con una lista en la mano.*) No, he hecho algunos encargos á Teresa... Me parece que no se me ha pasado nadie... Tú qué dices? Primero; la familia de Dauberville...

Maria. (*Que se apoya en el respaldo del sitial donde está sentado su hermano.*) Despues, mis amigas de colegio, Estela, Carolina,... no faltaba mas que la

hubieras á esta olvidado... Va á ser mi amable cuñada. Te acuerdas que la primera vez que la vistes te desagradó infinito, y que Gabriela misma lo advirtió?... Cómo se han pasado quince meses! (*Mirando la lista.*) Sigamos recorriendo... Ahora M. Vallier... está muy en el órden.

Remond. No cuento mucho con que nos favorezca. Está de luto riguroso, ya lo sabes, con motivo de la muerte de su muger... y por otra parte, desde que rehusé el destino que me ofrecia en una provincia, he notado en él cierta apatía é indiferencia para conmigo... Qué empeño tenia en que aceptase.... se resintió mucho, y aun desde entonces casi ha dejado de visitar á la familia Dauberville.

Maria. Aun veo muchísimos nombres de personas convidadas... Escúchame. Tú celebras esta fiesta por mí. Mas creo que no estemos en el caso de darla. Tú pasas los dias y las noches velando y en el trabajo... y todo por mí; bailes, trages, adornos; y la economía para nosotros no seria una virtud, es un deber; y mucho mas cuando aun tenemos deudas, por lo menos una muy atrasada.

Remont. Y cuentas por nada el placer de verte un instante contenta y satisfecha. En cuanto á esa deuda, ya he tratado de zanjarla, no porque me pese, sino por no abusar de la amistad de Beaumont... Creo que bien merece el nombre de mi amigo. A propósito; ayer le ví, y le he regañado mucho de que se hubieran pasado tres meses sin verle. Toma esa lista; voy á concluir cierto trabajo... Quiero ver si saldo mis cuentas antes de esta noche. (*Entra en su gabinete.*)

ESCENA III.

MARIA, *despues* MADAMA LAMBERT, *y despues* REMOND.

Maria. (*Despues de reflexionar algunos momentos.*) Teresa! Teresa! (*Llaman á la puerta de la calle.*)

Teresa. (*Saliendo.*) Madama de Lambert.

Mad. Lambert. Buenos dias, hija mia!

Maria. Mi querida amiga!

Mad. Lambert. Estás muy conmovida!,,

Maria. Nada de eso. (*Llamando.*) Eduardo! Que está aqui la señora de Lambert.

Remond. (*Sale de su gabinete.*) Soy muy vuestro.

Maria. Venís hoy á acompañarnos todo el dia.

Mad. Lambert. Es imposible; ya sabes mis muchas ocupaciones: si es caso, vendré esta noche.

Remond. Ayer vi al escribano...

Mad. Lambert. Sí; he vendido mi casa de pension. A mi edad el tiempo hace falta, y se suspira por la calma y el reposo. Solo he aprovechado un momento para verte, y traerte un mensage de Gabriela. No puede venir, porque su padre está indispuesto; y como tiene un gran banquete en su casa, pasar despues en pie parte de la noche... Me ha dicho que lo sentia infinito, pero que avisaria á todas sus amigas para que no faltasen. Supongo que estoy ya estorbando... tendrás mil cosas que disponer. Hija mia, parece que estás tan distraida.

Maria. No, la agitacion de la fiesta... pronto vuelvo.. voy á vestirme. (*Se va precipitadamente.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos MARIA.

Remond. (*Despues de haberse asegurado de que Maria no le oye.*) Quereis ahora decirme que os acompañe?

Mad. Lambert. Con mucho gusto: por qué?

Remond. Quisiera salir: he encargado un trage para sorprenderla: volveré á entrar por la escalerilla secreta de mi gabinete, para que nada advierta. Aunque todo el placer se me ha disipado al saber que M. Dauberville, que era el alma de nuestra funcion, no ha de asistir á ella. Le he escrito á qué hora podria verle en su casa, y no me ha contestado.

Mad. Lambert. Qué teneis que confiarle con tanta urgencia?

Remond. Son asuntos relativos á mi enlace. Desearia que diese algunos informes sobre mi posicion actual y mis esperanzas para el porvenir, pues M. Mombroun se me figura que trata de retardar mi casamiento con su hija. Acaso no será por la condicion espresa que le;

he puesto de no separarme jamas de mi hermana. Quiero crearla una familia... personas que la estimen, y que la sirvan de égida y proteccion si la falta su hermano.

Mad. Lambert. Teneis razon, y pensais con cordura, amigo mio. Ya sabeis que os hablo como una madre á su hijo. Se me ha figurado que os veía relacionado por demas con la familia Dauberville... por ese jóven Beaumont; habeis estado en la casa de campo de su madre... y qué sé yo que mas...

Remond. Les debo tanto!

Mad. Lambert. Convengo; mas los hombres, aun los mas próvidos, se olvidan de todo, y es tan cierto que el mismo que se avergonzaria de no obrar en toda su vida con la mayor delicadeza, no vacilaria en rasgar el corazon de una jóven, y en destruir su porvenir... Por lo demas, ahora bien podeis no interrumpir vuestras relaciones, puesto que ese mismo jóven Beaumont se casa.

Remond. De veras?

Mad. Lambert. (*Enseñándole una esquela de convite.*) Dentro de ocho dias.

Remond. A mí no me han dado parte.

Mad. Lambert. Acaso querrá participároslo en persona.

ESCENA V.

Dichos y MARIA.

(*Sale muy adornada, aunque solo lleva un peinador blanco en lugar de su vestido de baile, y enseña á madama Lambert sus galas, como regalo de su hermano.*)

Maria. Mirad, señora mia.

Mad. Lambert. Son del mejor gusto..... lindísimas..... aunque habrán sido muy costosas... Estarás con ellas encantadora.

Maria. (*A su hermano.*) Estás contento! Solo me falta el vestido.

Remond. (*Aparte.*) Ya lo olvidaba. (*Coge su sombrero.*)

Maria. Te vas?

Mad. Lambert. Le necesito por un momento. Vamos, confiesa que ya querrías hallarte en el baile.

Remond. No se ocupan de otra cosa; no es verdad? (*A su hermana.*) Disfrútale: antes de un mes te regalaré otras galas. (*La da la esquela, y sale acompañando á madama Lambert.*)

ESCENA VI.

MARIA *se queda mirando maquinalmente la carta, y despues tira de la campanilla.*

Maria. (*A Teresa.*) Ha venido alguien esta mañana?

Teresa. Señora, nadie.

Maria. Sin duda habreis salido?

Teresa. No me he meneado de casa.

Maria. Me pareció que llamaron ayer noche á la puerta... era bastante tarde. No visteis nada?

Teresa. He velado hasta mas de media noche, y no lo he sentido... Os habreis equivocado, señorita...

Maria. Ah, yo creia. (*Teresa se va: Maria llora algunos instantes, y tranquilizándose un poco abre la carta.*) Estoy sola. (*Recorriéndola con su vista.*) Ah! no puede ser él... no, es imposible... no es él. No hay otro Alfredo de Beaumont. No lo sabrán... le habrán puesto equivocado... no puede ser él, es imposible. (*Se adelanta á la mesa, se pone á escribir. y despues rompe la carta.*) No: iré yo misma.

Teresa. (*Anunciando.*) El señor Dauberville.

Maria. Ah!

ESCENA VII.

MARIA. DAUBERVILLE.

Dauberville. El Caballero Remond no está en casa, señorita? No me lo han avisado, y habiéndome escrito que podia serle útil, me he apresurado en venir á verle.

Maria. (*Enseñándole á Dauberville la carta.*) Quién se casa de vuestra familia?

Dauberville. Señorita!..

Maria. Vuestro nombre está junto al suyo: vos sabeis

cuál ha sido el que han escrito. Decidme, quién se casa?

Dauberville. Antes de responderos, me permitireis....

Maria. No será él, no es cierto? Y si vos sois quien ha estampado su nombre, será á su despecho. Pobre Alfredo!.. Eso era lo que él temia. Mas qué no sabeis que ya no es libre?.. No os lo ha revelado?.. No se habrá atrevido. Muchas veces son poco cuidadosos los hombres de su honor : yo vuelvo por el suyo. Está comprometido ya su nombre, su palabra. Casarle ya seria una infamia. No puede hacerlo sin ser perjuro. Quedaria deshonrada, perdida para el mundo... Sabed que podrian acusarle entonces con justicia de haberme seducido.

Dauberville. Su falta...

Maria. La sabíais, y habeis podido firmar...

Dauberville. Vuestro dolor me compadece... yo he sabido demasiado tarde ese amor á que debisteis resistir.

Maria. Resistir!.. sí, repetidlo, debia resistirle... Pobre de mí infeliz, que han abusado de mi misma inocencia!.. Pobre jóven, á quien se ha engañado con las mismas cualidades que escluyen la mentira y la falsedad, porque no has resistido! Hé aqui lo que te acriminan, y poco falta para que no te degraden, hasta suponerte el instrumento de tu intriga! Por último, algo valia yo, señor... Con alguna razon me citarian entre mis amigas de colegio! Cuando mi padre me adoraba, algo hallaria en mí de virtud y de pureza!.. No he buscado yo la vergüenza y la afrenta.

Dauberville. Jamas mis palabras se han dirigido á acriminaros. Lamento vuestra desgracia, Maria, y la compadezco.

Maria. Ay! debí precaverme de su amor... Mas, cómo, si no me dijo que me amaba... si lo ignoraba... si aun yo misma no me confesaba mi pasion por él! Quién me habia de decir, que por escuchar los elogios que le tributábais, me perderia yo? Que el verle junto á su madre activo, cariñoso, desvelado, como yo junto á mi padre... seria mi ruina. Oh!.. no podeis comprender cómo se pierde y se ofusca el en-

tendimiento de una pobre muger, cuando sus ojos se abren á la luz de pronto y se encuentra sola, sin apoyo, sin nadie que la socorra... y con su amor.

Dauberville. Maria, qué puedo hacer por vos?

Maria. (*Mirándole con firmeza.*) De vos nada quiero; de él... nada tampoco. Ya sé que es un perjuro, y que es por su gusto el desposarse. Aun no soy tan loca: los dos habreis consentido, cuando veo vuestros nombres. Ahora conozco lo que hacen con la que ha seducido... Con qué desden la pisan bajo sus plantas!.. Cómo se olvidan de ella y de los juramentos que la hicieron. Mas sobre este pie que me humilla, yo alzaré erguida la frente, y hablaré para confundirlos.

Dauberville. Señora!..

Maria. Sí, hablaré. Cuando sin pudor ni consideracion ninguna se olvidan de todo, exigir de mí que calle y sufra!.. No: es ya demasiado. Se me condenará á la vergüenza y al desprecio sin oirme? No. Vos llamais á ese proceder una falta, y para mí es un crímen.

Dauberville. Volved en vos; os lo suplico... Si supiérais... demasiado han hablado ya.

Maria. Qué decís!.. sabrian...

Dauberville. Todo.

Maria. Dios de bondad!.. Aun me queda un apoyo. El mundo; él nos juzgará... Yo invoco su justicia.

Dauberville. Maria!

Maria. No; el mundo no me abandonará: acaso me disculpe y aun me compadezca. Y si me condena, no será solo á mí; los dos sufriremos su anatema: y si la desgracia ha de gravar mis dias, el deshonor proscribirá los suyos. (*En el momento de retirarse entra Gabriela.*)

ESCENA VIII.

Dichos, GABRIELA *y* M. VALLIER, *que permanece retirado durante la escena.*

Gabriela. Padre mio!

Dauberville. Gabriela!

Gabriela. Vos aqui! Segun eso, estais mejor, y podremos venir al baile. Al caballero Vallier le he encon-

trado en la escalera. Con que vendremos esta noche? (*A su padre.*)

Maria. (*Conteniendo sus lágrimas.*) No; no.

Gabriela. Y por qué?

Maria. Pregúntaselo; él lo sabe... porque no... ah!

Dauberville. (*Acercándose á ella, y en voz baja.*) Señorita, delante de mi hija. (*A Gabriela.*) No me habíais advertido nada de esta venida...

Gabriela. En efecto: no pensaba... (*Aparte.*) Qué significa todo esto?

Maria. Qué teníais que decirme?

Gabriela. Ah, padre mio! No veis qué palida está? Qué no he sido feliz en mis visitas. Madama Versau tiene esta noche sociedad. La madre de Estefanía no ha consentido, no sé bajo qué pretesto.

Maria. Bien; y las demas?..

Gabriela. (*Con turbacion.*) No hay otra...

Maria. Y Estela!.. me prometió!.. Oh, Dios mio! Todas me abandonan tambien...

Gabriela. Abandonarte... qué dices?

Maria. Hasta vosotros dais una funcion y no venis.

Gabriela. Esa es por mi primo.

Dauberville. Gabriela!

Maria. Ah! (*Cae sobre un sitial casi desfallecida.*)

Dauberville. (*Aparte.*) Cuál me enternece! Señorita, decid á vuestro hermano que cuanto esté de mi parte confie en mí, que será un placer inmenso para mí poder serle útil.

Gabriela. Maria! y vos llorando, padre mio!

Dauberville. Ven, Gabriela, ven. (*Se retiran.*)

ESCENA IX.

MARIA *y* VALLIER. (*Momento de pausa.*)

Maria. Esta es su justicia.

Vallier. (*Que hasta entonces permaneció en la misma actitud que al principio.*) Os parece bien cruel, no es verdad? y bien infame!

Maria. Todos me huyen.

Vallier. Os queda vuestro hermano, y un amigo que solo ha venido á ofrecer sus cortos servicios.

Maria. Caballero!

Vallier. Conozco lo que os debe imponer mi vista; reprimir sollozos de que se halla henchido vuestro pecho... Debo hablaros... mas no habeis oido?

Maria. El qué?

Vallier. Me pareció como el ruido de una puerta.

Maria. Eduardo ha salido... estamos solos.

Vallier. Pues bien, sin testigos necesito hablaros. Llorad, llorad, mientras estemos solos; acaso no podais delante de todos. Hay un hombre para quien vuestras lágrimas deben agotarse, y vuestros labios prodigar sonrisas... y es vuestro hermano. Yo todo lo sé, pero él aun nada sospecha.

Maria. Pobre hermano mio!

Vallier. Si llegase á descubrir lo que cuenta la calumnia, juzgad de su desesperacion.

Maria. (*Llorando.*) La calumnia!

Vallier. (*Interrumpiéndola con viveza.*) Sí, es una calumnia. Mas antes de todo, un objeto me hace venir principalmente. Decidme, Maria, vuestro hermano no ha recibido un préstamo?

Maria. Sí, señor.

Vallier. Me parece que de 5000 francos que os remitió Gabriela hace ya tiempo...

Maria. (*Con temor.*) Y qué pensais?

Vallier. Nada, nada. Mas ya comprendeis que vuestro hermano tratará de satisfacerle, y cuanto antes.

Maria. Sin duda... Ah, al instante, en este momento mismo si pudiera; pero cómo!

Vallier. Por mi mano.

Maria. Señor!

Vallier. Tomadlo... pronto. (*La puerta del gabinete se abre; Remond se presenta en ella.*) Ah, cielos!

Maria. Mi hermano! (*Momento de silencio.*)

ESCENA X.

REMOND *se acerca á Vallier pálido y agitado, su voz es bronca y vacilante.*

Remond. Caballero, mil gracias, mil gracias! (*Aparte.*) Oh! los infames!

Vallier. (*Aparte.*) Sin duda estaba oculto en el gabinete.

Remond. (*Mirando á su hermana de hito en hito.*) Maria dame esos adornos.... Gracias; se han atrevido á censurarla, á ella que es tan pura... hermana mia!

Maria. Por piedad!

Remond. Dadme ese collar, esa sortija (*A Vallier.*), nosotros pagaremos. Aun tenemos de que echar mano. (*A Maria.*) Vos teneis un cofrecito....

Maria. (*Con terror.*) El que era de nuestra amada madre...

Remond. Dádmelo.

Maria. El de nuestra madre!

Remond. Pronto.

Maria. Es una prenda sagrada, el único recuerdo que nos queda.

Remond. (*Prorumpiendo en sollozos.*) Tambien mi madre se hubiera desprendido de él. Vamos, dadmele.....

Maria. (*Cuya turbacion va aumentándose.*) Mas yo no sé donde...

Remond. Alli, encima de esa mesa.

Maria. Y la llave tampoco....

Remond. Siempre la llevais con vos.

Maria. Yo!

Remond. (*Con violencia quitándosela.*) Vos, sí, dadmela pronto. (*Se abalanza para abrir la caja.*)

Maria. Oh Dios! piedad de mí!

Remond. (*Con alegria enseñándole á Vallier el estuche.*) Ah, con esto ya no tengo por que temer. Oh! gracias; hé aqui con que reembolsar su dinero, aqui hay diamantes y joyas de valor. (*Abre la cajita.*) De quién son estas cartas?..... su letra y nombre..... Maria... (*Maria cae á sus plantas de rodillas. Remond queda aterrado y confundido. Despues pensando en Beaumont, se deja arrebatar por la ira y esclama como si á su pesar se declarase su venganza.*) Ah!

Vallier. (*Adivinando su intencion, y apretándole la mano.*) Seré vuestro padrino.

ACTO TERCERO.

Sala con dos puertas laterales, y otra al fondo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA. TERESA.

Maria. El médico aun no ha venido?

Teresa. Ni vendrá tampoco, señorita; el señor de Remont le dijo ayer que ya era inútil su asistencia, que se sentia muy mejorado.

Maria. Y mi hermano? Sabeis lo que hace ahora?

Teresa. Hace poco le vi muy ocupado arreglando papeles, y despues se ha encerrado en su cuarto sin hablar con nadie como ayer, y como hizo tambien antes de ayer.

Maria. Tres dias... sin que le haya merecido una sola espresion cariñosa. (*Llaman á la puerta de afuera. Teresa sale á abrir.*) Cuando ha vuelto á entrar ni dirijirme un á Dios, ni aun dignarse mirarme. Ah! (*Se queda pensativa y triste.*)

ESCENA II.

MARIA. GABRIELA.

Gabriela. Maria!

Maria. Eres tú... con qué motivo?

Gabriela. Si yo soy, que vine sola á llorar contigo en secreto.

Maria. Y sin que lo sepa su padre, y acaso á su despecho.

Gabriela. Pero segura de agradarle si obtengo de tí lo que me prometo. Ah, si supieras lo que he sufrido! Tu dolor, algunas palabras incoherentes que pronunciaste, la confusion de mi padre, todo me inspiró

ciertos temores á que yo misma no me atrevia á dar crédito ; todo se lo he preguntado. Ah! perdóname, he hecho mal.... me hallaba tan sobrecogida. Me respondió defendiendo tu honor de toda sospecha, é insistió en tu elogio como si recelase que pudiera yo conservar algunas dudas. Te aseguro que despues me quedé tan satisfecha. Ah! el mundo nos juzga muchas veces con demasiada severidad.

Maria Nos juzga, sí, y crees tú que será tan cruel para con los hombres?

Gabriela. Oh ! lo que es ellos.... es tan diferente. No tienen que disculparse.... antes de todo estan ya perdonados.

Maria. Y nos castigan!

Gabriela. Sus leyes, ah! hombres han sido los que las establecieron, y por eso !... Mas dime, me perdonas?

Maria. Sí, sí.

Gabriela. Escúchame... Mi padre me dijo que vosotros estabais resentidos con nuestra familia, y aun añadió que acaso os habiamos dado motivo, pero que ya no debiamos vernos. Mas lo decia tan triste y estaba tan acongojado al otro dia de nuestro rompimiento, que he creido adivinar sus deseos. A su edad se desdeñan de dar el primer paso; yo los doy porque nada me cuesta ; al contrario, me es un placer buscar tu amistad la primera. Maria, podrian nuestros lazos romperse tan facilmente?

Maria. Gabriela!

Gabriela. Todo se olvida.... Vamos, deberé esperar mayor bondad de tu hermano?

Maria. Mi hermano, ah! No le hables, nada conseguirias.

Gabriela. Oh, si yo le viese!

Maria. No, no es posible.

Gabriela. Por qué?... Ha sucedido alguna cosa que ignore yo ?

Maria. Sí, Gabriela... tu me profesas una amistad verdadera, pues bien, no me preguntes mas.

Gabriela. Ah! Dios mio, sin duda algun secreto nos separa para siempre, me haces temblar; y acaso tu hermano podria descubrirme ese misterio... (*Remond sale de su cuarto.*)

ESCENA III.

Dichos. REMOND *con el brazo suspendido de una banda.*

Gabriela. Ah !... herido!
Remond. Señorita Dauberville!
Gabriela. (*Despues de un momento de pausa.*) Caballero yo venia.
Remond. (*Con gravedad.*) Vuestra venida aqui, os aseguro que me sorprende. La atribuyo sin duda á un resto de la antigua amistad. De modo que (*Con sentimiento penoso.*) diciéndoos que todo ha concluido entre vuestra familia y la nuestra, os agradezco sin embargo el interes que nos dispensais.
Gabriela. (*Aparte mirando á Remond y á su hermana.*) Herido... y ese nombre que no se ha vuelto á pronunciar en esta casa... Ah! todo lo adiviné el otro dia. (*A Remond.*) Aunque sean para mí tan amables vuestras palabras, ya sé lo que debo hacer. (*Mirando á Maria.*) Otra amiga á quien me veo forzada á abandonar.... y la última.... Caballero... (*En el momento de despedirse, se vuelve á mirar á Maria, la estrecha su mano y se va.*)

ESCENA IV.

REMOND. MARIA. TERESA.

Maria. (*Con timidez.*) Tienes que pedirme alguna cosa? Quieres que vaya...
Remond. (*A Teresa que entra.*) Se me olvidó deciros que hiciéseis venir á un mozo.
Teresa. Quereis que le mande subir al momento?
Remond. Sí, ahora mismo, que suba á mi gabinete.

ESCENA V.

REMOND. MARIA. *Remond se sienta, oculta su frente entre sus manos, y permanece inmóvil y reflexivo.*

Maria. Oh! habladme, Eduardo... no me perdoneis si no lo merezco; mas habladme.

Remond. Para qué! De mis labios no oiríais sino amargas quejas.

Maria. Al menos os las escucharia. Ah! no sabeis lo que se padece cuando vemos una persona que nos ama, indiferente y fria á nuestros ojos, como si todo hubiese muerto en su corazon: su ira, hasta su aborrecimiento para con nosotros. Toda la noche os he oido andar de un lado á otro y llorar... y yo lloraba tambien aunque en silencio, arrodillada á vuestra puerta. La única amiga que me quedaba me abandona. Tened piedad de mí. No tengo mas que á vos en el mundo.

Remond. Qué. A mí! (*Oculta su rostro entre sus manos.*)

Maria. Os habeis enternecido; Eduardo, siempre tuvisteis buen corazon.

Remond. Oh! que se haya perdido asi! Oid, Maria, tambien yo necesito conferenciar con vos, recordaros nuestras relaciones para saber si os trato con demasiado rigor, y para que si no he cumplido con mis deberes, tengais el derecho de exigir de mí mas indulgencia. Cuando mi padre os encomendó á mis cuidados, mi interes y mis desvelos no han procurado reemplazar el cariño del que perdiais?

Maria. Ah! sí, sí.

Remond. Mas adelante, cuando mis trabajos empezaron á ser productivos, y que atareándome doblemente pude hacer mas cómoda vuestra existencia, he perdido un solo instante en sacrificarme por conseguirlo? Teneis alguna reconvencion que hacerme.

Maria. No.

Remond. Todo por vos: me casaba por buscaros una familia que os protegiese: renuncio á mi enlace para siempre tambien por vos, y cuando en fin, ha lle-

gado el momento de derramar mi sangre, Maria, no la he vertido en defensa de vuestro nombre?

Maria. (*Cayendo de rodillas á los pies de su hermano.*) Ah!

Remond. No me acuseis de haber desamparado pronto vuestra causa. Si he dejado la espada, es porque me era imposible el sostenerla. He cumplido con mi deber hasta el último estremo. Nada teneis que pedirme.

Maria. No, nada. Y en cambio yo he disipado vuestras ilusiones y he muerto vuestras esperanzas.

Remond. Ya no puedo hacer nada por vos.

Maria. Y qué quereis que me atreva á exigiros sino que me escuseis reconvenciones que serian tan justas? Vuestra bondad es tan inmensa para conmigo, que me evita cuanto podria mortificar mi corazon mas cruelmente; yo os la bendigo... Mas no dejo de conocer lo que pasa en vuestra alma. Mi presencia os hace sufrir... Sí, conozco que os debe atormentar y procuraré libraros de ella; jamas me hallareis á vuestro paso, viveré sola, retirada en un aposento apartado, vendré cuando tengais á bien llamarme, y si para ese momento deben pasar aun largos años, paciencia yo esperaré.

Teresa. (*Entrando.*) Ya está aqui el hombre que necesitábais. (*Remond se levanta y se dirige hácia su aposento: en el momento de salir, se vuelve para mirar á su hermana... y la estiende sus brazos. Maria se arroja en ellos.*)

Maria. Sin decirme una palabra... (*Se abrazan.*) Hermano mio! (*Remond entra en su cuarto.*)

ESCENA VI.

MARIA *sola.*

Me ha estrechado en sus brazos, sobre su corazon. Eduardo! sus lágrimas corrian. Pobre Eduardo! me ha compadecido.

ESCENA VII.

MARIA *y* VALLIER.

Vallier. Está en casa vuestro hermano?

Maria. Sí, acaba de salir de esta pieza en este momento.

Vallier. Os ha visto.

Maria. Acaba de hablarme y me perdona. Ah no, no me perdona; mas ha llorado por mí; y me compadece; aun me ama.

Vallier. Sí os ama. Mas el verle tan resignado, tan conforme, me hace temer de su parte algun proyecto. Se me olvidaba, Beaumont.

Maria. No pronuncieis ese nombre en esta casa, (*Se oye el ruido de un carruage.*) resonará hasta su corazon... Y es ya tan desgraciado por mi causa.

Vallier. Me han dicho que reusa ahora su nuevo casamiento: sin duda porque conoce que ya no le admitireis, y que jamas se avendria con él vuestro hermano y queria aparentar con vos.

Maria. Nunca. Ya nos ha perdido. Esta clase de manchas se sellan aun mas con la humillacion y la bajeza. Quiere perder tambien á la esposa que le destinaban.

Vallier. Sin embargo, debeis pensar... El coche ha vuelto á partir, pues no seria entonces. Tantas ideas me confunden. Mas en fin, decis que os ha visto vuestro hermano. Entonces ya no hay tanto que temer.

Maria. El qué?

Vallier. Estos sitios le escitan dolorosos recuerdos. Esta morada le agobia su corazon. Yo he venido á ofrecerle mi casa, lejos de estos lugares. Alli podria vivir solo y tranquilo: mas adelante no faltará algun destino honroso. Yo me encargo de proporcionárselo á mi vuelta.

Maria. Nos abandonais?

Vallier. Voy á Strasbourgo por mi hija; ella me consolará, ya que vos...

Maria. Caballero.

Vallier. No es el momento de la desgracia, es mas con-

veniente para protestas de amor, y sin embargo, en mi alma.

Maria. (*Turbada.*) Voy á decir á mi hermano que le esperais. (*Entra en su cuarto.*)

Vallier. Ella poseia todas las prendas para hacer á un hombre dichoso!

Maria. (*Volviendo á salir á la escena.*) No está.

Vallier. Qué decis?

Maria. (*A Teresa que entra.*) Ah! Teresa, ha salido mi hermano?

Teresa. Sí señora. El portero me ha dado este billete que le ha entregado al subir en el carruage.

Vallier. Y yo creí que era su seductor, y el que partia cuando oimos el coche, era su hermano.

Maria. Es para mí. Está escrito con lapiz. (*Lee.*) «Os abandono Maria... Parto lejos de aqui. Teneis razon. No puedo resistir vuestra presencia, sin sentir que se me despedaza el alma... Es superior á mis fuerzas... Os dejo lo poco que poseia. Adios, perdonadme, Adios.» Ah! cuando me abrazaba hace un instante, no era mi perdon, era su adios postrero el que me daba.

Vallier. (*Sosteniéndola en sus brazos.*) Seria una crueldad exigir que tuviéseis valor para resistir tan terrible desgracia.

Maria. Ya nada, sino abandono y soledad!

Vallier. Maria! (*Se oye otra vez un coche.*)

Maria. Será él!

Vallier. No le espereis...

Maria. Acaso Beaumont... Ah! la última vez que empaña mis labios su impuro nombre.

Vallier. No me habeis comprendido?

Maria. Qué!

Vallier. Ya soy libre.

Maria. Vallier!

Vallier. Y dichoso si puedo reemplazar el cariño de vuestro hermano.

Maria. Cómo!

Vallier. Siendo mia. (*Cae á sus plantas.*) Sino, quién os salvará.

ESCENA VIII.

Dichos y MADAMA LAMBERT *que entra durante sus últimas palabras.*

Mad. Lambert. Yo.
Maria. El cielo os envia para evitarme una nueva debilidad.
Mad. Lambert. No: es vuestro hermano que ha llorado entre mis brazos, y que os recomienda á mi cariño, le he jurado protegeros.
Maria. Pronto, partamos en su busca, lloraremos con él; las lágrimas consuelan.
Vallier. Maria...!
Maria. Hombre generoso. Que jamas vuestra hija tenga que echaros en cara la madre que la elijais.
Vallier. Yo haré vuestra suerte.
Maria. No merezco sino compasion.
Mad. Lambert. Partamos.
Vallier. Ah, un momento...
Maria. Partamos, madre mia... pensad en vuestra hija.
Mad. Lambert. Muger sublime...
Vallier. Hija de mi corazon. (*Mad. Lambert sale sosteniendo á Maria que mira por última vez á Vallier. Este se enjuga las lágrimas y permanece inmovil y aterrado.*)

Se suscribe á 2 rs. en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y á 4 en las provincias en las siguientes:*

Cádiz en la de.	*Hortal y Compañia.*
Barcelona.	*Piferrer.*
Valladolid.	*Rodriguez.*
Zaragoza.	*Yagüe.*
Granada.	*Sanz.*
Valencia.	*Mallen.*
Coruña.	*Perez.*
Burgos.	*Arnaiz.*
Victoria.	*Hormilugue.*
Santander.	*Martinez.*
Santiago.	*Rey Romero.*
Sevilla.	*Caro Cartaya.*
Oviedo.	*Longoria.*
Málaga.	*Carrera.*
Murcia.	*Benedicto.*
Pamplona.	*Suarez.*
Córdoba.	*Berard.*
Badajoz.	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.	*Cabrera.*
Jerez.	*Bueno.*